

Alternativas para estrategias de coalición de la centroizquierda

Marcos Novaro*

Centro de Investigaciones Políticas

La primera, y obvia, premisa para reflexionar sobre cuáles son las oportunidades que se le ofrecen a las actuales fuerzas que se ubican en el amplio y difuso campo de la centroizquierda en Argentina, y cómo pueden sacar provecho de ellas a través de estrategias de coalición a su alcance, es haber aprendido de experiencias previas de gobiernos progresistas: el de Alfonsín y el del Frepaso-Alianza.

No es tan obvio, sin embargo, qué se puede aprender de ellas. Se suele pensar que sólo son buenos referentes por la negativa: se escucha por aquí y por allá que “no hay que repetir sus errores”; pero para ello habría que precisar de qué errores se trata, y al respecto ha habido y continúa habiendo más disenso que consenso entre los actores políticos de este campo y entre los intelectuales que de un modo más o menos directo se relacionan con ellos: hay quienes dicen que fracasaron porque no supieron cómo cooperar con sectores peronistas más o menos afines y quienes dicen al contrario que su ruina comenzó cuando lo intentaron; los que afirman que debieron hacer reformas más audaces y los que sostienen que no debieron haber siquiera intentado las que encararon, pues con ellas vinieron más problemas que soluciones; por último, los que creen que se dejaron enredar en la trama estéril de estructuras partidarias perimidas que poco aportaron en términos electorales y coalicionales, y los que todo lo contrario sostienen que el error fue desatender el necesario fortalecimiento de las organizaciones en que se basaban y conceder en cambio excesiva autonomía y gravitación a liderazgos personales efímeros e incontrolables, que cuando dejaron de acertar con sus decisiones arrastraron al desastre al conjunto.

* Documento presentado en la reunión de Córdoba de representantes de fuerzas de centroizquierda organizada por la Fundación Ebert el 8 de mayo de 2008. Su contenido representa exclusivamente el punto de vista del autor. Se agradecen los comentarios de Alejandro Bonvecchi, Germán Feierherd, Pablo Bustos y Sergio Balardini

En este trabajo intentaremos echar luz sobre algunos de estos debates, admitiendo a priori que algo de cierto puede haber en todos esos planteos. Pero no para dirimir discusiones de carácter histórico o académico, sino con miras a comprender mejor (y ofrecer instrumentos para actuar lo más adecuadamente posible frente a) los problemas y las posibilidades que plantea el declive del kirchnerismo.

Este declive también involucra a la centroizquierda de un modo complejo. Porque ella, en mayor medida aún que en esas otras ocasiones pasadas, se encuentra escindida hoy entre fracciones que apoyan o participan del oficialismo, sectores que lo combaten desde posiciones más o menos tajantes, y por último grupos que han intentado ubicarse en posiciones equidistantes, colaborando puntualmente, sin identificarse plenamente, con unos u otros. Y es que el kirchnerismo, al igual que sucedió con el peronismo en etapas más remotas de nuestra historia política, planteó a la centroizquierda argentina el dilema de colaborar con él, con la idea de fortalecer así las tendencias y sectores más afines dentro del arco justicialista, y sacar provecho de su incomparable influencia de masas y descollante poder institucional, o bien negarse a tomar parte de ese juego y conservar la autonomía, resistiéndose a la cooptación intentada por este poder institucional, para lo cual resultaba necesario denunciarlo como una “falsa izquierda”, es decir, un nuevo intento del peronismo de apropiarse de ideales, banderas y legitimidades ajenas, no para ponerlas en práctica sino simplemente para desactivar competencias y conservar el poder.

Esta situación, con los resultados que están ya a la vista para cada una de las opciones que se hayan adoptado frente al fenómeno kirchnerista, nos pone frente a la necesidad de resolver una serie de interrogantes que, si bien pueden ser más o menos preocupantes y urgentes en cada caso según dónde estemos parados, en términos generales no pueden dejar de atenderse si pretendemos comprender y aprovechar las oportunidades para hacer política desde el campo progresista en la etapa que se abre: ¿el eventual fracaso del kirchnerismo significará la derrota de las ideas de izquierda, como sucedió con el menemismo y las neoliberales años atrás? ¿Hay algo que se pueda hacer aún, desde dentro del gobierno o desde sus márgenes, para evitar ese fracaso? ¿Los magros resultados alcanzados hasta aquí por los gobiernos kirchneristas en términos de un reformismo de centroizquierda, cabe atribuirlos a que ellos sólo simulaban serlo, es decir no fueron consecuente y auténticamente de izquierda, o a

que lo fueron de un modo equivocado (a lo que se alude por lo general como su “componente populista”)? ¿Es de esperar que junto a la “pejotización” del oficialismo se produzca una derechización de sus políticas o aquella puede ir acompañada de nuevos intentos por retener las banderas de izquierda, e incluso por ciertas iniciativas de “radicalización”? Por último, ¿el declive del kirchnerismo nos obliga a revisar y criticar premisas con las que toda la centroizquierda argentina se ha acostumbrado a actuar, y en ese caso de cuáles se trata? Esto nos coloca, como vemos, frente a una gran variedad de debates que la centroizquierda viene arrastrando desde hace décadas: la tensión entre populismo y republicanismo, entre nacionalismo, antiimperialismo e integración con el mundo. Sería imposible en este trabajo encarar todos estos debates, la utilidad y los problemas que se derivan de cada uno de esos principios. Así que acotaremos la discusión a algunas de sus expresiones prácticas: las que tienen que ver con el tipo de relación entre intereses particulares y poderes públicos que es preciso impulsar desde un reformismo de centroizquierda, y las que atañen a la relación entre el poder central y los poderes locales.

No es ninguna novedad que la dispersión impone de por sí serios obstáculos para la capacidad de influencia de las fuerzas progresistas en el proceso político. Y la crisis actual puede agravar estas dificultades, agudizando enfrentamientos entre actores que se posicionan en forma muy distinta, y hasta opuesta, frente a los conflictos en danza. Pero ella también puede ser una oportunidad para la colaboración entre distintas expresiones de este amplio y difuso campo político, en la medida en que encuentren formas de cooperar para lograr fines comunes, por ejemplo en esos dos terrenos.

Será necesario, para avanzar en esta dirección, comprender adecuadamente las razones de la crisis del kirchnerismo, y las vías por las que él puede evolucionar de aquí en más, dado que los problemas a resolver para la centroizquierda y las oportunidades para su crecimiento dependerán decisivamente de la medida en que en este proceso se reiteren circunstancias ya conocidas en las “crisis peronistas”, y ellas se combinen con rasgos novedosos de esta particular etapa que estamos viviendo, y de su agotamiento

La crisis del kirchnerismo

Comprender las razones y factores actuantes en la crisis en que se ha sumido el oficialismo es el primer paso entonces. Un diagnóstico realista, que no minimice los problemas estructurales, por el afán excesivo de responsabilizar de todo lo malo que pasa al gobierno de turno, y que no exagere las capacidades de otros actores, ni las oportunidades que les pueda brindar la coyuntura para ponerles remedio, es de una importancia esencial. Los errores de las precedentes experiencias en que hemos dicho debemos referenciar el diseño de la actual estrategia, ilustran muy bien, demasiado bien, este punto: Alfonsín creyó que la democratización iniciada en 1983 haría casi mágicamente posible todo lo bueno de la justicia social peronista, sin cargar con sus dificultades ni sus derivas autoritarias, con lo que fácilmente ingresaríamos al mejor de los mundos, y lo cierto es que ni la situación daba para tanto, ni era tan fácil destilar la tradición justicialista, ni la radical, para lograr el elixir socialdemócrata buscado; en cuanto al Frepaso y la Alianza, se convencieron sin demasiadas vueltas de que, sin corrupción, o mejor dicho, con una más acotada que la menemista, se podrían mejorar los rendimientos de la convertibilidad, precisamente en el momento en que se agotaba irremediabilmente lo que ella podía dar de sí y a la vez se volvía más difícil salir de ella.

Sin lugar a dudas, las condiciones económicas actuales son mucho más sostenibles, es decir están menos sujetas a la amenaza o a la inminencia de un colapso, que las de esos dos casos precedentes. Pero eso no quita que se pueda repetir el error de la sobreoferta y la confusión del diagnóstico: como entonces, nos enfrentamos a circunstancias complejas, que determinan los rendimientos económicos y la distribución de beneficios difícilmente puedan ser incrementados rápida y fácilmente en los próximos años; ya se ha sacado todo el provecho posible de las políticas de aliciente coyuntural de la demanda (vía emisión y nuevo endeudamiento), y por tanto se vuelve necesario el desarrollo de políticas de más lenta maduración, más costosas en recursos económicos y sobre todo políticos, pues suponen asignar costos transicionales a al menos algunos actores, para poder crecer y distribuir sin riesgos ciertos de generar desequilibrios mayores y un agravamiento de los problemas ya existentes en términos de inflación, distorsión de precios relativos y cuellos de botella productivos.

Porque lo cierto es que el kirchnerismo hizo algo más que sacar provecho de la etapa “fácil” de recuperación: la llevó al límite, generando innecesariamente problemas que con seguridad serán bastante difíciles de resolver. Consumió los beneficios combinados de la devaluación de 2002 y de una coyuntura internacional extraordinaria, que permitieron durante varios años un crecimiento acelerado con recursos bastante simples de política pública: emisión monetaria, tipo de cambio alto, esterilización monetaria vía nuevo endeudamiento a baja tasa de interés, aumento del empleo con salarios relativamente bajos, uso creciente de la capacidad instalada, aumento del gasto sin mayores controles, en subsidios cruzados que le permitieron intervenir un número creciente de precios de la economía, y en obras públicas tan ineficientes como discrecionalmente asignadas desde la Nación. Y por esta vía, ya en forma ostensible desde comienzos de 2007, se fueron acumulando tensiones y dificultades en prácticamente todos estos frentes: la inflación creciente se fue volviendo más y más necesaria para descargar difusamente las crecientes dificultades que se presentaron para las cuentas públicas, pero ella fue volviendo ineficaces las políticas de subsidio y esterilización monetaria, la suba de las tasas locales dificultaron cada vez más la toma de nuevo endeudamiento (lo que seguramente empeorará cuando la tasa internacional y el dólar también empiecen a subir); y las demandas cruzadas de asalariados, empresarios y gobernadores comenzaron a asediar al Tesoro Nacional y a la intervención sobre los precios. Todo combinado prepara un cóctel peligroso, que el gobierno nacional, al menos hasta ahora, parece querer desactivar con los mismos recursos que ha venido utilizando hasta aquí: más inflación, más subsidios cruzados y aumento de los ingresos que controla y asigna discrecionalmente.

La crisis con el campo hizo estallar esta situación y alteró el escenario político, minando los recursos con que el oficialismo hasta ahora controlaba la interna del PJ y la negociación con grupos de interés: la pérdida de popularidad vuelve inefectiva la amenaza de castigo electoral a aquellos sectores internos del partido y de la coalición oficiales que no se avengan a aceptar sin más la voluntad del vértice; con lo cual se elevan los costos de la formación de mayorías partidarias y legislativas, precisamente en el momento en que más dificultades se enfrentan para pagar por la colaboración; lo que a su vez estimula al Ejecutivo a emprender un curso de acción más confrontativo

y excluyente hacia grupos de interés y opinión que también tienden a autonomizarse y/o a elevar sus exigencias. La pérdida de apoyos que padece el oficialismo en este proceso tiene su centro en los sectores medios y en los centros intermedios del interior, pero puede extenderse a otros sectores, incluidas capas bajas afectadas por la inflación creciente.

Contra lo que algunos voceros del oficialismo sostienen, estos sectores en fuga hacia la oposición no tienden a agruparse en posiciones ideológicamente conservadoras: todo lo contrario, el gobierno enfrenta demandas y críticas que globalmente reclaman haga aquello que prometió, y se muestra incapaz de cumplir; lo que, al menos en principio, facilita el trabajo de las oposiciones progresistas, más que el de las de derecha. Y ello en gran medida se debe a que lejos de desmentir la viabilidad y conveniencia de seguir una política distributiva, de promover la intervención pública allí donde el mercado no alcanza, y cosas por el estilo, la crisis actual, debido a su carácter eminentemente político, revela la conveniencia de buscar otros representantes para las demandas y expectativas que el propio gobierno ha hecho tanto por alentar: él se enfrenta, en este sentido, a una situación comparable a la de 1987, o la de 1997, mucho más que a las de 1989 o 1999. La situación aporta aún otras novedades interesantes: la falsedad del apotegma según el cual “sólo los peronistas saben gobernar” (y también en alguna medida el que señala que “sólo el peronismo puede resolver los problemas que él mismo crea”) está alentando una fuerte demanda de oposición, de alternativas políticas y, sobre todo, de colaboración entre actores políticos afines para resolver problemas que se perciben como graves (y agravándose) pero no inevitables. Es decir, se le pide a la política y a los políticos que hagan su trabajo, en vez de empeorar las cosas con sus actitudes. Ello, que de un lado es un estímulo para el reformismo progresista, por otro habla a las claras del estado de indefensión en que se encuentran nuestras instituciones democráticas en ausencia de competencia política efectiva, y de los riesgos que se corren en términos de una nueva frustración colectiva en caso de que no seamos capaces de hacer funcionar mejor los mecanismos de representación y gobierno. Y habla también en particular de la subutilización de oportunidades para la reforma social e institucional que ha caracterizado a los años del kirchnerismo. Sus fracasos, en suma, lejos de desmentir que es necesario más Estado, mejores instituciones y regulaciones, más justicia y

distribución en la Argentina actual, revela lo poco y lo mal que se avanzó en dirección a esos objetivos.

Aprendiendo del pasado

Aunque el kirchnerismo ha desaprovechado valiosísimas oportunidades para el cambio en los últimos años, todavía estamos a tiempo de utilizar parte de la excepcional coyuntura internacional iniciada a comienzos de la década a favor de una política de reformas modernizadoras, distributivas y democráticas. Ellas pueden orientarse bajo un sintético lema: “más Estado y más mercados”. Argentina sólo podrá ser una democracia en serio cuando sea también un capitalismo competitivo y abierto; y viceversa: las lógicas de funcionamiento propias del capitalismo político, que las reformas llamadas de mercado de los años noventa no reemplazaron, sino que apenas reformularon, y que en los últimos años se han retrotraído a sus variantes más ineficientes y prebendarias, son un obstáculo para cualquier intento de mejora de la calidad de las instituciones políticas, y de reforma de las instituciones del estado en general. Más Estado y más mercados significa también y por sobre todo “mejor Estado y mejores mercados”: Argentina sólo podrá ser una nación próspera y con justicia social cuando sea también un Estado eficiente e inteligente. Al desmantelamiento de la capacidad planificadora del Estado durante los años noventa se sumó el de la capacidad informadora y de regulación presupuestaria durante el kirchnerismo; sin estadísticas, cálculos presupuestarios, ni mínima planificación del desarrollo la prosperidad no podrá convertirse en justicia social, seguirá siendo para pocos e insostenible en el tiempo.

En este sentido es que hemos dicho no se enfrenta en verdad un problema muy distinto al que ya tenían por delante las fuerzas democráticas y progresistas en las décadas pasadas: desde el comienzo mismo de la transición democrática Argentina ha estado buscando una forma de crecer y distribuir, de volverse una sociedad más justa y más moderna, y todavía no la ha encontrado. Esa es la promesa que la centroizquierda debe recoger hoy y trabajar para hacer realidad.

Volvamos entonces a lo que se puede aprender de quienes son, para mal o para bien, nuestros referentes históricos. A partir de ello será más fácil también comprender lo que encierra de nuevo la actual situación.

1. Ninguna de esas coaliciones, ni la alfonsinista, ni la frepasista-radical, resolvió en su momento el problema de cómo colaborar con sectores peronistas sin ser usados, y en ocasiones traicionados, por ellos en su búsqueda de ganar espacios para dirimir a su favor la interna del PJ. Dado que para casi todos los peronistas siempre es legítimo irse del partido, para conseguir afuera los apoyos de que no se dispone adentro, y poder luego volver al seno del PJ con renovados bríos y más recursos, y por tanto siempre más allá de las apariencias circunstanciales la interna propia es prioritaria respecto a la colaboración con otros actores, actuar en relación con ellos plantea un dilema coalicional difícil de resolver. Los casos de Alderete en 1987, Bordón en 1995 y una lista interminable de legisladores porteños en los últimos años son ejemplos, muy distintos entre sí es cierto, de este tipo de problemas. Lo que puede ser una cierta novedad a este respecto es que hoy en día estas divisiones no se dan tanto en la forma de corrientes nacionales o sindicales, sino de expresiones territoriales. Ello, que en gran medida ha sido estimulado desde el gobierno nacional, se puede utilizar desde una estrategia de centroizquierda a través de alianzas puntuales en municipios y provincias, que convivan con una política más autónoma a nivel nacional, es decir menos sujeta a la captura del electorado propio, de la propia identidad y esfuerzo coalicional, por oportunistas del peronismo. Dicho de otro modo, se puede participar del juego para hacer avanzar políticas específicas de reforma, imposibles de concretar sin amplios acuerdos, y para ganar posiciones en distritos donde hay pocas posibilidades de crecer con los recursos inicialmente disponibles, sin poner en riesgo una estrategia de construcción desde fuera del peronismo, de nivel nacional y largo aliento.

2. Esas experiencias no pudieron disputarle sostenidamente al peronismo el voto y el apoyo de los sectores económicamente más dinámicos y mejor organizados de la sociedad, ni en el campo del trabajo ni en el del capital. Si bien a Alfonsín lo votaron muchos obreros en 1983, no logró retener esos apoyos ni evitar la reперonización sindical, y sólo esporádicamente pudo contar con apoyos empresarios, y en general motorizados más por un resabio del recelo de esos sectores hacia el peronismo que

por una adhesión a sus políticas y proyectos. En cuanto al Frepaso y la Alianza, no pudieron sacar provecho del pluralismo que en el ínterin había resurgido en las organizaciones gremiales, y en su competencia por ser más confiables que el menemismo para los empresarios perdieron autonomía frente a ellos y capacidad para emprender reformas que hubieran fortalecido su posición para lidiar con la crisis, como ser un mayor control sobre las rentas de los servicios públicos y el petróleo. En ambos terrenos las dificultades que les tocará enfrentar en los años venideros a las fuerzas de centroizquierda serán seguramente significativas: la trama de subsidios creada por el kirchnerismo ata a buena parte de estos actores al favor oficial, y a la reproducción del capitalismo político y el monopolio corporativo. Por otro lado, muchas de las reformas necesarias para fortalecer el Estado y los mercados, si bien pueden contar con el respaldo de algunos de ellos, tienen iguales chances de merecer el rechazo de otros no menos significativos: por caso, modernizar la administración pública será siempre bien visto por los usuarios, entre quienes se destacan los empresarios de todo tamaño y color, pero será motivo de resistencia de sectores gremiales que se cuentan por su ubicación ideológica y partidaria entre los candidatos más probables a sumarse a una coalición progresista. En el terreno tributario, será difícil convencer a los sindicatos de la ventaja de apoyar una reforma a favor de la progresividad y transparencia del sistema, que incremente la recaudación por impuestos a las ganancias, la riqueza y el patrimonio, llevándolos a romper al menos en este punto su tradicional alianza con los proveedores de empleo en los servicios y la industria, además de que una reforma de este tipo, como se vio ya en el año 2000, tiene todas las chances de enemistar a la centroizquierda que la impulse con sus votantes de clase media y media-alta. El diseño de iniciativas de reforma que rompan con estas esperables resistencias puede verse facilitada por la disposición de recursos económicos hoy mucho más abundante que en etapas previas, pero ello de por sí no será suficiente.

3. Las coaliciones alfonsinista y frepasista-aliancista no pudieron resolver el problema territorial y federal. Fueron coaliciones construidas desde la política nacional y las grandes ciudades, que fracasaron en sus intentos de ganar espacio en los gobiernos locales y provinciales, por lo que encontraron una resistencia firme, incluso crecientemente desafiante, en el Senado, y quedaron limitados en su capacidad de toma de decisiones y de sostenimiento de sus mayorías electorales. Condenados a

actuar como gobiernos divididos frente a una oposición territorialmente muy poderosa, desde el Ejecutivo nacional debieron optar entre negociar con la oposición para sortear la barrera del Senado, favoreciendo a los distritos ajenos en perjuicio de los oficialistas, perdiendo competitividad electoral en el territorio, o hacer lo contrario y resignarse a no poder aprobar leyes. En cualquier caso, los costos de coordinar estrategias electorales nacionales y provinciales fueron muy elevados, y dieron lugar tanto a prontas derrotas frente al peronismo, como a fracturas y tensiones con otros distritos incluso favorables que descubrieron también les convenía cobrar puntualmente por su colaboración. Como se ha señalado reiteradamente, la descentralización de servicios y recursos producida en los ochenta y noventa dio lugar a una mayor territorialización de los partidos, elevando para todos los actores nacionales los costos de transacción para formar mayorías, por lo que las dificultades que cabe esperar en este sentido serán para una futura coalición alternativa probablemente todavía mayores que en el pasado. Debe reconocerse, por otro lado, que desde la crisis de 2001 hasta la actualidad el cobro de impuestos no coparticipables y el incremento de los poderes de excepción en manos del gobierno nacional han actuado como un freno en alguna medida necesario frente a los riesgos de una consecuente desarticulación del sistema político. El problema que deberá resolver, en este sentido, una coalición de centroizquierda es en qué medida puede sacar provecho de las resistencias locales frente a estos mecanismos centralizadores, y cómo puede transformarse su crítica, y el progresivo debilitamiento de la centralización kirchnerista, en ocasión para emprender reformas racionalizadoras de las relaciones fiscales y su relación con la competencia política, que eviten un nuevo ciclo de descentralización anárquica y disfuncional. A este respecto, debería poder conciliar el aprovechamiento de oportunidades electorales a nivel local y provincial, con la simultánea construcción de una coalición nacional capaz de negociar y/o imponer un nuevo sistema de coparticipación y reglas de responsabilidad fiscal, junto a mecanismos más transparentes y racionales de negociación de las leyes y la distribución de recursos excedentes en el Senado.

Un menú de recomendaciones prácticas

Sobre la base de estas consideraciones es posible pensar, en suma, una serie de recomendaciones prácticas, algunas de ellas sin duda de difícil aplicación, pero que apuntan en conjunto a dotar de viabilidad a una nueva coalición de mayorías:

1. Una estrategia de centroizquierda debe basarse ante todo en una eficaz organización territorial que sea capaz de ampliar progresivamente la competitividad del sistema político, sobre todo en distritos donde se ha ido imponiendo un monopolio o cuasimonopolio de la representación electoral. Esta estructura debe dotarse de reglas de juego internas suficientemente sólidas para asegurar la cooperación a largo plazo entre los actores participantes de la coalición. Dada la distribución muy desigual, y en general precaria, de las estructuras existentes en el territorio, una de las claves para lograr el acatamiento de estas reglas es la posibilidad de tomar decisiones centralizadamente: establecer compensaciones entre distritos para permitir el aprovechamiento de los recursos organizativos y los liderazgos que ofrece cada uno de los miembros en cada lugar, protegerse frente a la eventualidad de intrusiones oportunistas, y traducir a criterios comunes la disposición de recursos muy heterogéneos (intención de voto e imagen en la opinión pública, representatividad institucional, sindical, recursos económicos u organizacionales, afiliados, etc.). La ausencia de líderes descollantes puede ser para este fin una ventaja más que una dificultad. Pero el éxito dependerá finalmente de que cada uno de los miembros tienda a conformar una sólida estructura partidaria. A este respecto, la experiencia tanto de la Concertación chilena, como del Frente Amplio uruguayo son de gran ayuda.

2. La cooperación con fracciones del peronismo debe propender a mejorar las posibilidades electorales en la coyuntura sin poner en riesgo la construcción de largo plazo. No resulta del todo claro que el fortalecimiento de la estructura nacional del PJ a que está apuntando el oficialismo sea una dificultad para la competitividad del sistema político. Aun cuando ella conviva con la emergencia de nuevos desgranamientos en los distritos, puede permitir se fortalezca la identidad y cohesión del resto de las organizaciones partidarias. Probablemente una estrategia diferenciada por distrito y que establezca grados distintos de integración a la coalición entre los miembros permanentes y ocasionales sea la respuesta más adecuada ante los desafíos

que supondrá la previsible simultaneidad de consolidación institucional y emergencia de nuevos desgranamientos en el partido oficial.

3. Una coalición alternativa debe basarse en un reformismo modernizador, democrático y redistributivo de carácter globalmente progresista y necesariamente transversal, que reconozca filiaciones con muy distintas tradiciones políticas, pero no pierda por ello capacidad de formar consensos programáticos, y no meramente discursivos. La posibilidad de cooperar en estos términos con sectores de otra orientación política no debe desestimarse: aprendiendo de las experiencias del PRD y el PAN en México, es posible concebir acuerdos programáticos sobre reformas electorales, fiscales, la administración pública, el manejo de la inflación, los servicios y la regulación de los mercados en general. Un ejemplo muy a tono con la discusión del momento sobre las retenciones puede ser útil: las iniciativas de redistribución por vía impositiva podrían avanzar sustituyendo al menos parcialmente las retenciones por un más eficaz y progresivo impuesto a la tierra y mayores cargas sobre las ganancias extraordinarias, cuyos resultados podrían volcarse a través de asignaciones específicas para gastos sociales de las provincias, atadas al rendimiento de reformas de los servicios de salud, educación, justicia y seguridad que ellas brindan. Podrían a su vez introducirse otros criterios impositivos modernizadores que premien la productividad en vez de castigarla, como sucede ahora en muchos casos, y la creación de empleo de calidad.

4. La disputa por las banderas de la modernización (el capitalismo competitivo), la democracia (la mejora de la competitividad electoral, la transparencia y la responsabilidad de los gobiernos) y la distribución social (la progresividad tributaria y la eficiencia del gasto social) enfrentará decididamente a una coalición de centroizquierda con el kirchnerismo, aunque no necesariamente con todos los actores kirchneristas, ni le impedirá incluso llegar a acuerdos puntuales con el oficialismo. Muchos miembros progresistas de la coalición oficial pueden ser eventuales socios de iniciativas tanto en el terreno legislativo, como en la gestión y aún la competencia electoral. Por ello también es posible que la transversalidad reformista supere la estrecha lógica de la lucha entre oficialismo y oposición. Aunque no debe pasarse por alto la tensión insuperable que existe entre el capitalismo político, prebendario y

colusivo que caracteriza al modelo oficial, y la dinámica innovadora que pondrá en marcha el fortalecimiento del Estado y de los mercados en Argentina.

Un punto de partida: las experiencias locales y provinciales

Gobiernos de centroizquierda han sido electos y reelectos en varios municipios, y más recientemente en algunas provincias del país. Ellos constituyen invalorable oportunidades para mostrar a la ciudadanía que se puede gestionar el poder público de un modo creativo, reformista y progresista, y también para formar dirigentes y cuadros en la administración de la cosa pública.

La crisis del kirchnerismo significará, como hemos dicho, la oportunidad para extender a nuevos distritos y localidades estas experiencias. Pero supone también una aceleración de los tiempos y los desafíos: exige desarrollar cuanto antes una política nacional capaz de contener esas experiencias locales, y proveerlas de conducción unificada para competir por el poder político a todos los niveles y en todos los terrenos. Porque, como también señalamos, aunque quienes abandonan al oficialismo en principio pueden ser propensos a apoyar una alternativa de centroizquierda, con el paso del tiempo, de no surgir una opción de esa orientación, su decepción bien pueden ser representada por iniciativas de una orientación distinta, incluso opuesta.

Sabemos que por sí mismas las experiencias locales tienen un alcance limitado en términos de su capacidad transformadora. Y que el desafío nacional excede las capacidades de las fuerzas actualmente existentes en este lado del espectro político. La clave está en desarrollar un programa de reformas y una estrategia coalicional suficientemente amplios y creativos como para, desde la política nacional, potenciar las experiencias locales, sin subsumirlas ni instrumentalizarlas, y lograr así avanzar lo más rápidamente posible en una construcción política que abarque todo el país.

Las experiencias previas enseñan también que no podemos “quemar etapas”. Hacer historia retrospectiva nunca es recomendable, pero no podemos dejar de pensar en cuán distinto hubiera sido el proceso de declive de la convertibilidad, y sobre todo cuántas oportunidades hubiera habido para el cambio, de haber sabido el Frepaso

esperar por su momento para competir por el gobierno nacional, de haber apostado a la construcción desde los distritos, en vez de atender casi exclusivamente a la competencia electoral por la presidencia.

Ahora bien: hilvanar las construcciones locales a una estrategia nacional también encierra problemas, porque ellas son inevitablemente heterogéneas, tienen tiempos de maduración muy distintos entre sí, y están sujetas a presiones y “seducciones” de todo tipo desde otros proyectos políticos nacionales. En un sistema de partidos a la vez desequilibrado a favor de una fuerza predominante, y extremadamente lábil en términos de fronteras organizativas e identitarias, encerrarse en el territorio propio y desentenderse de la suerte de los líderes nacionales afines, para mantener la máxima autonomía posible, puede ser una tentación muy fuerte. Pero ceder a ella, aunque coyunturalmente provechoso, a largo plazo será fatal.

Es por ello que la propuesta de desarrollar una estrategia coalicional de centroizquierda de alcance nacional debe hacer ante todo carne en los territorios donde estas fuerzas hoy gobiernan: debe poder convencer a los dirigentes de esos distritos y localidades, y a sus votantes, de que el mejoramiento de las economías y las sociedades en cuyo marco actúan depende tanto de nuevas victorias locales, como de una no muy lejana victoria nacional de las fuerzas de centroizquierda.